

BOLETIN

DEL

CONSEJO NACIONAL DE HIGIENE

Año VII

Montevideo, Julio de 1912

N.º 69

Homenaje á la memoria del doctor Pedro Visca

DEL DOCTOR JOAQUÍN DE SALTERAIN

¡Pedro Visca!

... ¡Y van cayendo!... Sin haber saboreado, una sola vez, los embriagadores deleites de la Gloria, ni gozado siquiera las concupiscencias del aplauso. Después de haber sembrado la doctrina de los buenos: la que enseña á perdonar las humanas injurias y la indiferencia del vulgo respondiendo á las acriitudes del ambiente, con la sonrisa del justo y la concordia de la prudencia...

Era un filósofo que sospechaba de todas las afirmaciones, porque sabía que la duda es el faro que ilumina las tinieblas, y la brújula que marca el derrotero de la ciencia. Era un alma, rebelde á la pasión y al odio, porque había aprendido que la sabiduría es indulgencia, siempre indulgencia!...

Los tiempos crueles y las noches tristes, moderaron los entusiasmos de muchos de los adeptos y dispersaron á numerosos de los discípulos, fascinados ¡cuántas veces! con el vértigo de la lucha y el afán del éxito material. El jardín de Academo, entonces, se esfumó, casi desierto, con matices de invierno y con horizontes de crepúsculo.

El maestro, siempre sonriente, habló, aquellos tiempos, á la soledad que le rodeaba,—á la tarde que le envolvía y á la tristeza de un ambiente que no pudo anublar su espíritu, con las brumas de la amargura. Y el eco de su palabra, mesurada y tranquila, tuvo arrullos que todavía nos acarician y consuelan, incitándonos á perseverar en nuestros amores intelectuales, con la fe de los convencidos. A pesar del síncope de los años y de las cobardías del egoísmo...

... ¡Que la memoria querida, del maestro, viva perpetuamente, como la doctrina, en el alma de los discípulos, entristecida hoy con la palidez de su imagen!

ORACIÓN DEL COMM. AUGUSTO GUIDINI, PRONUNCIADA EN EL ACTO
DEL SEPELIO DEL DOCTOR PEDRO VISCA

Sunt aliquid manes: letum non omnia finit.

PROPERZIO.

Señores y amigos:

¡Yo no haré un discurso! Aún queriéndolo, no me lo permitiría la profunda commoción de mi alma, en este momento doloroso... Apenas pocas horas han transcurrido del instante feliz — precisamente en la noche trágica — euando en la casa hospitalaria de Pedro Visca, en el círculo habitual, afectuoso y suave de la familia y de algunos amigos, reunidos en torno de la venerada persona del ilustre Profesor, en medio de la alegre y tranquila conversación, se inició casualmente, y casi como un funesto presagio, el tema fatal de la muerte y de los discursos conmemorativos.

El Hombre honorable, en la sublime modestia y sencillez de su espíritu, manifestaba su pensamiento contrario á aquella forma declamatoria y consagrada de público y sentido homenaje, como lo es el discurso fúnebre.

Contrariamente á sus ideas, yo opuse el concepto de que bien puede ser modesto y exigir un modesto silencio en mérito á sus gestas el hombre ilustre y glorioso, cuyas valiosas obras, por un largo período de tiempo, acentúan y consagran sus públicos méritos, grabados en el corazón de dos generaciones, fulgurantes en todas las mentes y que serán trasmitidos al culto de las generaciones venideras.

Y aún no habiendo necesidad de ninguna alocución para poner de relieve el valor y la gloria—aún para un hombre semejante—y por especiales afectos de espíritus gratos, y para confortar el corazón atormentado de sus deudos, abandonados.... es también justo, es también humano, es un deber rendir un póstumo y piadoso saludo, tributar un pensamiento de veneración, una palabra de consuelo, una invocación de alivio al dolor de su pérdida!

Consecuente con estos conceptos yo no haré, pues, un discurso. Me limitaré á un conmovido y sentido testimonio de admiración hacia el alma grande y liberal de Pedro Visca, hacia la elevación de su mente, hacia la valerosa finalidad de su vida, constantemente noble y generosa.

Otro ha hablado ya, con palabra elocuente, de los insignes méritos del médico humanitario é ilustre, que promovió y perfeccionó las

principales instituciones sanitarias y científicas en esta querida ciudad, y que supo crear á su alrededor, una falange de valientes discípulos, continuadores meritorios de su obra preclara; otro ya ha enumerado los hechos y los espléndidos rasgos de su vida útil y gloriosa de hombre de ciencia y de ciudadano, y ha mencionado los altos y especiales méritos de la mente, del alma y de las obras, cincuentenarias é insignes.

Conmovido por el imponente homenaje que aquí se realiza, y convencido de que las solemnes manifestaciones tributadas á un gran hombre, son la positiva y pública demostración de su reconocida grandeza, me limitaré al simple testimonio de algunos profundos y especiales sentimientos de reverencia, de gratitud y de afecto, á la mención obligada de algunos méritos especialísimos de su mente, vasta y culta, y de su obra versátil y genial, y á dirigir una palabra de consuelo á la ilustre y doliente familia, en la completa seguridad de ser intérprete de los sentimientos semejantes, vibrantes y piadosos de vuestro espíritu.

Existen hombres que caracterizan y ennoblecen una ciudad y dan lustre á una época y honran la generación á que pertenecen. Y el Profesor Pedro Visca fué uno de esos hombres.

Gracias á Pedro Visca, he aprendido á conocer y amar esta querida ciudad, cuyo recuerdo vivirá constantemente en mi corazón.

Gracias á Pedro Visca, yo entreví y conocí una Montevideo ideal, y acogí en mi alma la soberbia visión de una moderna ciudad llena de aspiraciones, pletórica de múltiples energías y propósitos y de grandioso porvenir! Y para hacerla tal, para acentuarla, para darle relieve, y sentimiento, y luminosidad, y razón de ser, bastaba su palabra elocuente, su alma grande y su obra genial! ¡Y su gran alma aletea y aleteará para siempre sobre el horizonte de esta bella y querida ciudad. Revive y se manifestará siempre en la pública veneración y se resuelve y se acentuará en memoria justa y en impulso inspirador. ¡Ojalá pueda en un porvenir próximo surgir la visión fulgurante y soberbia en el dominio del destino y transformarse en un hecho consumado, consagrando los altos y luminosos méritos del pensamiento y de la actividad de su vida ejemplar, enteramente dedicada al bien de sus propios semejantes y de su propio País!

El pensamiento culto y genial de Pedro Visca, fué constantemente para mí, un guía seguro y luminoso en este mi último período de estudio y de trabajo, y en el arduo y profundo deseo de desarrollo y embellecimiento de esta extendida y amada ciudad. ¡Y quebrantando ahora, ante la majestad de la tumba—la excesiva modestia del

hombre tan benemérito por tantos títulos y aspectos de su vida,—me es grato tributarle mi admiración profunda, me es grato poner en evidencia estos méritos singulares y señalar también á la consideración pública, esta faz de su valor y de sus iniciativas!

En la vida de Pedro Visca dominan y brillan dos grandes cualidades de la mente y del espíritu: "la ciencia y la bondad", que le conquistaron la admiración pública y la admiración de todos.

Alma abierta y liberal, nutrida en las mejores y fecundas fuentes de la ciencia y del arte, aquí y en Europa, encendida en el culto de la verdad, de lo bello, de lo justo y de lo grande, en todo el campo de la vida social y en todas las formas y propósitos de la civilización; difundidor de grandes ideas de libres iniciativas y de pensamientos palpitantes de modernidad y guías de un magnífico porvenir; trabajador infatigable y desinteresado, en Pedro Visca la "virtud" estuvo á la par del "ideal" que ornó constantemente su vida ejemplar: su "ciencia" elevada estuvo á la par de su "bondad", que tuvo una palpitation para cada sufrimiento sin conocer límites á manifestaciones é impulsos; su "modestia" estuvo á la par de sus méritos y de su "capacidad" á la que eran familiares—desde medio siglo ha—los grandes problemas higiénicos y técnicos, científicos y sociales de la vida ciudadana y las sabias soluciones entrevistas, concebidas y propugnadas por él, en provecho y decoro de la ciudad: de esta su pintoresca y amada Montevideo, que deseó siempre más grande, y sana, y bella, y libre, y civil y atrayente—y encaminada hacia destinos siempre mejores—con el culto y el amor de un sabio y un esteta!

Y la obra del Profesor Pedro Visca, constantemente dedicada al bien del pueblo y al mejoramiento material y moral de esta ciudad, fué obra ejemplar y fecunda á través de dos generaciones, de las que recogió el afecto y la veneración, y lo será todavía de las generaciones venideras que recogerán y sabrán aplicar sus pensamientos, sus doctrinas y sus propósitos.

Se ha dicho, con razón, en un libro famoso, evangelio de la moderna vida civilizada: "El curso de la vida de un gran hombre queda como un monumento durable de la energía humana. Muere el hombre y desaparece: pero le sobreviven sus pensamientos y sus acciones, y dejan una señal indeleble en su generación. De esa manera, el espíritu de su vida se prolonga, y se perpetúa dando forma á los

pensamientos ajenos y dirección á las voluntades, y concurriendo en ese sentido á la formación del carácter y á la determinación de los hechos en los tiempos futuros”.

Tal es el pensamiento, las obras y la idealidad de Pedro Visca, tal la vida benemérita constantemente encaminada en el recto sentimiento del deber, inteligente y generosa en todas las manifestaciones, consagrada por medio siglo de apostolado social, á través de dos generaciones y en todo el campo científico, estético y benefactor! Vida engalanada con el justo premio de la felicidad en el seno de su familia ejemplar—confortada por las más cordiales y nobles amistades en este Continente y en Europa, donde era tan conocido y amado y donde joven y valeroso, entregado al ideal y á los fuertes propósitos, fué campeón de la ciencia y soldado de la libertad. Vida consagrada por el respeto y la estimación pública, bendecida por tantos beneficiados y ante cuya memoria se levanta el tributo de la benemerencia social, y ante cuyos altos y útiles fines y propósitos, de los cuales fué apóstol humanitario y sereno, se enciende la fuerza realizadora de las nuevas cosas, de las justas y santas y benéficas evoluciones, en un porvenir cercano.

Y el hombre honorable, superior y benéfico, descansó en el reposo eterno, como el trabajador que ha terminado la propia jornada... Y cerró los ojos á la luz, y se extinguió serenamente como el justo, como el bueno, como el sabio; besado en la frente por la gloria más pura, rodeado por la veneración general, en medio del duelo de la ciudad entera...

Y en esta hora solemne y de dolorosa separación, al entregar á la tierra sus despojos venerados y fríos, (doliente—en homenaje á su mismo pensamiento sabio y culto—que las vívidas llamas purificadoras del ara moderna no la conviertan en blancas cenizas, ya consagradas por la razón y no sean píamente depositadas en una urna memorable, donde los antiguos cultivaban la santa flor del recuerdo...)—en esta hora solemne y dolorosa, me estremezco de conmoción al darle el postrer saludo en lengua italiana, en esta clásica lengua vestida, á su juicio, de tanta armonía y que tanto él amó!

Y sufro doblemente al no poder vestir mi doloroso pensamiento, con las formas más suaves y resplandecientes, con las imágenes más queridas y conmovedoras, haciendo vibrar en mis palabras un sentimiento alto y profundo de veneración y de afecto—digno de él, ilustre amigo y maestro, digno de su cultura, de su mente y de su noble corazón!

En medio de la noche, pocos momentos antes de que la luz de su mente docta y valerosa se extinguiera, y que su gran corazón dejara de latir para siempre... "su último saludo" me fué dirigido, formulado también en esa lengua italiana que le era tan querida y familiar! ¡A DOMANI!" me dijo, estrechándome la mano. Y fueron sus últimas palabras!...

¡Fatídicas palabras que son todo un programa civil y propiciador!

"¡AL DOMANI!" que saluda la gloria y el ascender de su nombre!

"¡AL DOMANI!" que llevará hacia la realización de sus civilizados y benéficos apostolados, y de sus sagrados ideales y al triunfo de las humanitarias y sabias iniciativas!

"¡AL DOMANI: E SEMPRE AL DOMANI!" y de generación en generación, que cantarán himnos á la perpetuación de su gran memoria, transmitida y grabada en el corazón del pueblo, que consagrarán el culto del público y secular mérito del hombre bueno, de vida ejemplar, de alto, fuerte y vigoroso intelecto, dirigido constantemente hacia la belleza, el bien, la verdad, la grandeza y la libertad, en todos los campos y aspectos sociales.

El nombre de Pedro Visca queda escrito en letras de oro en los anales de la República, al lado del nombre de los más grandes y de los mejores ciudadanos que la honraron y la honran con las obras, el valor y la inteligencia.

¡Honor á su querida, pía y grande memoria! Y sea ésta, inspiradora de fuertes y firmes propósitos, y de obras de valor, también para las futuras generaciones: para el incremento, la cultura y el decoro de la República y de la vida social de este joven País.

Y un tributo piadoso, un pensamiento reverente, y una palpitación de afecto y dolor compartidos, una palabra de consuelo surgida del corazón, lleguen á la ilustre y angustiada Familia, de la que fué jefe y padre ejemplar! Lleguen á la Gentil dama dolorida que fué la fulgente, culta y pía compañera de su vida! Y lleguen á las hijas desamparadas y dolientes... y encuentren la senda de sus corazones!...

¡En la veneración de la Ciudad entera, en el luto de todas las almas, en el solemne testimonio del País, en el elocuente tributo de público y oficial reconocimiento de méritos preclaros y de señaladas benemerencias, y en los honores decretados y en el culto del recuerdo de los amigos, de los colegas y de los corazones nobles, encuentren un sereno y digno consuelo para sus almas desoladas.

Vale!

¡Oh despojos mortales de Pedro Visca! ¡Y sea gloria imperecedera, y culto de sentimientos luminosos, de fuertes propósitos, y de obras buenas, á Tu gran memoria: oh amigo, oh maestro, oh sabio innovador, oh Hombre benéfico, oh ciudadano ejemplar!

¡Vale!

DEL DOCTOR PEDRO FIGARI

Pedro Visca

Aquel hombre afable, verboso, sencillo, que solíamos ver indefectiblemente allí donde era requerida su presencia para honrar ó para estimular á alguien; el mismo que en todas sus pláticas, siempre familiares y amenas, dejaba ver al través de su lenguaje bonachón la profunda acuidad de su mirada de clínico, ha desaparecido. Solo quedan sus enseñanzas, y el pulular de las simpatías encendidas á su paso.

Tuve siempre vivos deseos de frecuentar al doctor Visca porque me sentía atraído por su personalidad superior, pero no pude darme ese placer, y acaso se deba al ambiente que nos deja vivir años y años, sin saber por qué no hacemos lo que quisiéramos hacer. Esto mismo lo pensarán muchos otros, si hemos de juzgar por los comentarios que se hacían en todos los círculos apenas corrió la triste noticia de su muerte... ¡Qué bella corona podría tejerse, si se enfilaran como perlas, todos esos pensamientos que se balbucean no para ser oídos, sino porque emanan de lo íntimo, como una expansión!

Esa es la corona sepulcral de los mejores.

Pedro Visca era el hombre superior cuyo rasgo prominente es la bondad. De ahí que no pudiera encarar á las personas y las cosas más que por su lado mejor. Para él lo malo no debía tomarse en cuenta, más que para abrir camino á la bueno.

Más amigo de enseñar que maestro, habría querido que todos supieran tanto como él. Sus discípulos de hoy como los de ayer, todos han tenido que formular, pues, su homenaje en silencio, su oración filial con los ojos humedecidos por la pena.

Dentro de su sabiduría, que disimulaba en sus formas cordiales y modestas, cupo siempre la sonrisa generosa, y quizás la muerte que ha fulminado á este ilustre compatriota y amigo, cristalizó en el cerebro su último pensamiento amable, el mismo que traslucía anoche en el féretro, el plácido semblante del maestro.

DISCURSO DEL DOCTOR AMÉRICO RICALDONI

La Sala Pedro Visca

El día 2 del corriente, á las 10 a.m., en presencia del Decano de la Facultad de Medicina doctor Manuel Quintela, del Director de la Asistencia Pública doctor José Scoseria, del Presidente del Consejo Nacional de Higiene doctor Alfredo Vidal y Fuentes, del Director del Hospital Maciel, doctor Manuel Nieto, y de la mayoría de los Profesores y estudiantes, se verificó la ceremonia simultánea del cambio de nombre de la Sala Larrañaga, y de la toma de posesión de la misma, como Profesor, del doctor Ricaldoni.

Después de algunas palabras del señor Decano, el doctor Ricaldoni pronunció el siguiente discurso:

Quiero recibir, señor Decano, vestido con la blusa del trabajo, la honrosa comunicación que en nombre del Consejo de la Facultad de Medicina venís á hacerme, y que llega al mismo tiempo que la orden, traída por el Director de la Asistencia Pública, de sustituir el antiguo nombre de esta Sala por el del Doctor Visca. Quiero recibirlo así, porque me figuro que en esta forma va á ser más significativo mi modesto homenaje á la memoria del que fué Director de esta Clínica.

Os hablo con el corazón en la mano. Tal vez en ningún instante de mi vida universitaria he sentido más hondas y perturbadoras emociones que en el actual. Por un lado, me veo, en razón de un acontecimiento doloroso, llevado á ocupar precipitadamente una Cátedra que un hombre ilustre animó durante muchos años, y que ha partido dejando aquí una solución de continuidad violenta, brutal, que ningún esfuerzo mío va á ser capaz de disimular. Es en cierto modo un depósito sagrado que me toca recoger. Y no me atrevería á disponer de él, temeroso de lesionar su prestigio, si no fuese que el querido maestro, en más de una ocasión, al hablar del día de su retiro tranquilo del profesorado activo, había admitido sin resistencias, la posibilidad de que fuese precisamente yo, humilde discípulo suyo, quien le sucediese en el desempeño de la cátedra. Por otro lado, agita mi alma el pensar que de esta Sala va á desaparecer un nombre que, con los de Vilardebó y Maciel, recuerda toda una larga tradición de generosa hospitalidad hacia la Facultad de Medicina. Para nosotros, en efecto, los que en tiempos menos fáciles que los de hoy,—tiempos hoscos para la enseñanza,—encontramos en la Sala Larrañaga,—como poco antes en las Salas Vilardebó y Maciel, di-

rigidas por Serratosa y Pugnalin, otros dos Profesores, caballeresco el uno, ejecutivo el otro, que se nos han ido, un templo abierto al estudio de los enfermos, aquel nombre, como éstos, nos ha quedado como un símbolo de la fuerza que nos defendiera entonces contra el encono y las preocupaciones del medio. Era el símbolo de esa misma fuerza, eternamente en lucha en el seno de las sociedades humanas, que el pincel de Miguel Angel comentó, con vigor incomparable, al trazar, en lo alto de la Capilla Sixtina, el gesto magnífico de la Creación... Y yo, en verdad, hubiese querido contemplar escritos en un mismo rango al frente de esta Sala, el nombre de Visca, luminoso como una gloria, y el de Larrañaga, tierno como el amor.

Yo sé perfectamente que, no obstante la sustitución, el nombre de Larrañaga no abandonará del todo este Hospital; sé aun que, por fortuna, continuará aplicándose á una Sala que también ha de conservar á su cargo la Facultad de Medicina, pero, á pesar de eso, chocará siempre á nuestra ingenua fantasía y será una pena para la dulce poesía de las horas que fueron, que vayan ahora á formar enseñas distintas estos dos nombres que durante tantos años constituyeron un algo armoniosamente indisoluble. Será la "Sala Visca", pero no será ya "su" "Sala Larrañaga", esa Sala, de la que sus antiguos discípulos tomábamos orgullosamente el título para imprimirlo á la cabeza de nuestras amorfas historias clínicas, esa Sala en la que, en las turbulentas mañanas de nuestros primeros estudios, espíabamos impacientes el momento de ver asomar la gallarda silueta del maestro querido. Y desde entonces nunca se nos representó el Maestro sino en la Sala Larrañaga, y nunca se pensó en la Sala Larrañaga sin pensarlo á él mismo desarrollando en ella sus lecciones.

Bien comprendo que es mi imaginación sobreexcitada la que habla, pero hay instantes en que no puedo sustraerme á la ilusión de oír su voz señalando esta extraña contradicción: que justamente el hecho de consagrársele la posesión definitiva de lo que en realidad fué siempre suyo, haya venido á quitar á la cosa poseída el atributo que había sido más estimado por él. Si la organización de este Hospital lo hubiese consentido, todo quizás se habría llegado á conciliar, manteniendo á la Sala su primera designación y dándose el nombre de Visca al anfiteatro de cursos que se le hubiese anexado. En el Hospital de clínicas futuro,—verdadera tabla rasa que permitirá todas las inercipciones,—tendrá, no lo dudo, decretada su existencia el "Anfiteatro Visca", en el que el busto del incomparable Profesor presidirá las doctas reuniones... Y desde luego, señor Decano, concedednos que ya de inmediato figure este busto aquí, á nuestro lado, donde, como en un altar ante el cual ha de arder el fuego sagrado, nuestra admiración va á servirle hasta aquel momento de respetuosa custodia.

Perdonadme, señor Decano, perdonadme vosotros todos, esta expansión de mis sentimientos íntimos. Al hacerme cargo de esta Sala es otra cosa la que esperáis de mí. Esperáis,—por más que habéis de saberlo mejor que yo,—que os diga cuál fué la semilla que dejó Visca en nuestra Facultad, cuáles han sido los frutos que á su genio se debieron.

Rehacer la historia de Visca nos es hoy tarea fácil, porque ahí está á nuestro alcance, palpitante aún. Pero, no lo será así mañana, porque nuestra lamentable manera de vivir al día nos va haciendo imposible conservar los rastros de nuestra actividad científica y profesional. Las generaciones que vienen, nada ó poco pueden aprovechar de las enseñanzas y recuerdos de las generaciones que se van. No se me oculta que recién comenzamos á organizarnos y que por mucho tiempo todavía, serán más profesionales que especuladores científicos los hombres que de nuestra Facultad han de irse desprendiendo. Pero, la demanda profesional cesará algún día de producirse en términos urgentes, y entonces veremos al fin,—haciéndonos familiar el espectáculo,—destellar las ideas en el ambiente á manera de diamantes que quiebran, dividen y disgregan en mil colores las palpitaciones luminosas del Sol. Llegada esa hora, ya nada se podrá perder de cuanto dentro de claustros ocurra. No faltarán, en la forma estable que es menester, ni las páginas que fijen la evolución de nuestras aptitudes para asimilar ó crear, ni las que señalen asimismo las peculiaridades de nuestro carácter ó de nuestro *humor*. No faltarán ni las notas serias, humildes ó geniales, que traduzcan el hervor más ó menos fecundo de nuestros gimnasios, ni las crónicas ágiles y amenas que describan los gestos, los tics, las manías de nuestros hombres. ¡Y qué más bello, y qué más útil para nuestros hijos que tener así abierto, de par en par, el libro fiel y auténtico que narra la historia de los esfuerzos y aspiraciones y de las modalidades y características de las épocas pasadas!

Es incalculable lo que hoy por hoy arrojamos despiadadamente al arroyo, sin cuidarnos de que nadie lo recoja. Deshojamos nuestros margaritas abandonando sus pétalos al viento, sin importarnos de que desaparezcan para siempre en la primer vuelta del camino. Es como si creyéramos que sólo se avanza con las convulsiones del genio y que nada se adquiere con el trabajo lento y paciente. Deplorable error que da lugar á que un mundo de energías se nos malgaste de continuo sin más resultado que un fugaz chisporroteo. No dejamos de poseer el empuje, pero nos faltan el tesón y la disciplina. Trabajamos tan sólo para la hora actual, y no nos inquieta el mañana, sin pensar que por culpa de ello podremos hacer malograr en estériles afanes, hasta á los que en el futuro vengán ya señalados en la frente y prestos para la lucha desde el Palacio Azul del delicioso

cuento de Maeterlinck. Es ya tiempo que no aparentemos ignorar que la acumulación de hechos es por sí sola fecunda, y que por lo tanto vale la pena que nos esforcemos por amontonar los protocolos de nuestras observaciones, por hacer desbordar nuestras bibliotecas, para llenar las vitrinas de nuestros museos, por enriquecer nuestros herbarios y colecciones... Acumulemos, amontonemos sin contar; acumulemos siempre, que, tarde ó temprano, ya surgirá la idea que sacuda impaciente estos documentos—y remueva sus misterios, desentrañando, con luz sorprendente, aquellos mismos que hoy, en nuestra apresurada marcha, apenas si llegamos á presentir.

Es innegable, sin embargo, que de ninguna manera hemos sido refractarios al progreso. Hace apenas veinte años la Facultad no era más que una simple reunión de niños traviesos, que jugaban "á los doctores y los sabios". Desde entonces acá las autoridades universitarias se han sucedido, llevando como propósito firme la realización experimental de la enseñanza: los laboratorios se han multiplicado y se han ido colocando á la altura de las aspiraciones modernas; las clínicas se han dividido y subdividido, adjuntándoseles un material cada vez más abundante de investigación y estudio. Los institutos biológicos son ya una realidad; para un futuro próximo vislumbramos en función el Hospital de Clínicas, que deberemos á los valientes y tenaces esfuerzos combinados de nuestro actual Decano y del Director de la Asistencia Pública, y que, concebido según un plan generoso por las meditaciones austeras de la Ciencia, se ofrecerá al Dolor como templo supremo de la Esperanza.

Pero, las autoridades universitarias, que tanto han hecho por proveernos con amplitud de los utensilios del trabajo, completarán, sin duda, su obra fomentando decididamente el orden y disciplina en su aplicación. Se podrá llegar á ello de mil maneras y por mil caminos. Será estimulando la organización de conferencias de altas especulaciones científicas; será proponiendo á institutos y laboratorios determinadas investigaciones experimentales; será obteniendo el concurso para la enseñanza clínica de todos los servicios de hospitales; será facilitando, y aun imponiendo, la impresión literal y la reproducción iconográfica de las experiencias y lecciones; será quizás también llegando á la rehabilitación de la antigua "tesis"... La tesis de doctorado,—facultativa en este caso, si se quiere,—la tesis para los concursos, la tesis para la obtención de determinados premios, obligarán á meditar con más calma y á tomar nota más detenida de cuanto ocurre en Salas y Laboratorios, sin abandonar á veces al olvido, como suele suceder hoy, las observaciones más peregrinas y los frutos mejor sazonados de nuestro ingenio.

Si me he permitido hablar de todo esto, es porque todo esto me lo ha sugerido la actuación de Visca en nuestra Facultad,—la des-

proporción notable entre lo que de él se debía esperar y lo que ha dejado, entre lo que pudo dar y lo que efectivamente dió.—Nadie disponía de mejor y más sólida base científica que él; nadie podía excederlo en la gracia para enseñar. Nadie mejor que él sabía transmitir con elocuencia, pero sin afectación ni amaneramientos, su ciencia gentil,—que de tal podía calificarse esa su ciencia, que venía á nuestro encuentro siempre vestida de gala, siempre clara y pulida como el cristal. Y sin embargo, si bien los que hemos tenido la suprema dicha de seguirlo y de escucharlo, guardaremos hasta el fin la impresión grata de sus bellas lecciones, nos duele el saber que no más allá de esta última generación que lo ha alcanzado, se podrá tener cuenta efectiva de su singular valer. Al oído se lo irán transmitiendo, es cierto, los que se van á los que vienen, todo lo que representaba este Profesor excepcional, pero el eco de nuestra admiración se irá debilitando cada vez más hasta que, en el transecurso de los años, llegue el momento en que, no obstante resonar todavía su gran nombre, no haya quien pueda, con testimonios de los que no parecen, señalar concretamente las magnificencias de su obra.

Suponed, por el contrario, que sus improvisaciones cotidianas hubiesen sido recogidas y difundidas con la solícitud que merecían; suponed que, estimulado por los programas de enseñanza, hubiese multiplicado y variado sus conferencias magistrales,—de las cuales una serie, las que dictó sobre el “Cólera morbus”, ha quedado escrita, por fortuna;—suponed que urgido por las obligaciones reglamentarias de sus discípulos hubiese puesto á contribución plena su penetración clínica y su inagotable erudición; suponed que las exigencias del medio hubiesen llevado su pluma al libro; suponed todo eso y decidme si con eso solo no habría tenido Visca el mejor de los monumentos que él mismo hubiese podido ambicionar. En cambio nos vemos hoy en el caso de lamentar que la falta de estímulo y de ocasión hayan impedido el libre desarrollo de las impetuosas fuerzas vivas que tan asombrosa potencialidad debía contener... Hagamos un pequeño alto ante este ejemplo para que, de lo que hubiera podido hacer vacilar nuestra fe, surja el remedio, la bienhechora reacción.

Los que fuimos, cronológicamente hablando, los primeros discípulos de Visca, hemos de estarle, á pesar de todo, muy gratos, por muchas y muy buenas razones. Las clínicas eran en aquella época muy deficientes, y al Hospital debían los estudiantes penetrar poco menos que á hurtadillas, temerosos, siempre, de cruzarse en corredores ó escaleras con quien los fulminase por su osadía al perturbar la *obra de caridad* casi vergonzante que entonces se practicaba. Se incurría en grave pecado demostrando extremado interés por algún enfermo. Las Salas femeninas estaban herméticamente cerradas. Se carecía en absoluto de Laboratorios... En esas condiciones no

era cómoda ni fácil la enseñanza práctica... Fué así, sin embargo, cómo hubo de tomarla el doctor Visca. Traía el espíritu claro, fulgurante, sintético, de la escuela francesa. Poco antes, en un breve pero meritísimo interinato, otro médico muy querido en las aulas, el doctor Crispo Brandis, había enseñado la clínica analítica, precisa, penetrante, de la escuela italiana. El golpe de vista, el *ojo clínico* del doctor Visca, su manera rápida y justa de coordinar las peculiaridades de cada caso, habían despertado de inmediato nuestra admiración. Simultáneamente, y á su lado, el doctor Figari, con indiscutida competencia, nos entregaba, pedazo por pedazo, y en interesantes demostraciones, lo mejor y más preciso de la semiología.

Desde su entrada en la cátedra, puso el doctor Visca especial empeño en que nos ejercitásemos diariamente en *su método*, del que él, á justo título, se mostraba ufano. Expuesto el caso clínico por uno de los alumnos, los demás sucesivamente lo sometían á una crítica, más ó menos feliz, pero siempre vivaz, á veces cruel; la controversia cesaba cuando el maestro, al fin, en un compendio armonioso, comentaba los detalles de la observación y las opiniones emitidas, quitando aquí, poniendo allá, aplaudiendo de este lado, reprobando del otro, y formulando en último término, su interpretación propia, generalmente límpida y tranquila como la verdad misma, y seguida de consejos prudentes, de reflexiones serenas y de interesantes excursiones hacia todos los puntos cardinales de la medicina. No era el menor de los méritos de este método la ardiente emulación que despertaban entre los alumnos, aguzando en ellos el espíritu crítico y obligándolos á escudriñar y estudiar para tener preparado en el momento oportuno el explosivo que, no obstante el intenso compañerismo de las horas libres, debía hacer añicos al adversario.

Por mi parte, me esforzaré en mantener,—y mucho más en esta Sala que fué su teatro,—este método de su enseñanza, que aprendí cuando tuve la fortuna de ser su interno. Tengo la convicción que con ello haré bien, porque el método vale por sí mismo, independientemente del que se lo apropie y lo utilice, y aún faltándole el prestigio del que con una leve presión de sus sienes hacía brotar á raudales la linfa fresca y transparente de su saber.

Es cierto que Visca debía asistir á transformaciones radicales en el campo de la medicina. Las investigaciones biológicas empezaban á tomar ya en aquel entonces un vuelo prodigioso que no se sabe aún hoy, ni dónde ni cuándo culminará. Seguir la marcha de la medicina actual se hace difícil, á ratos imposible. Puede pensarse que, sorprendido por el movimiento que se producía, el doctor Visca vacilase un instante. ¿Debía rehacer el camino andado, abandonar la escuela de Laennec y de Bouillaud, quemar los libros de Trousseau y de Jaccoud, olvidar los procedimientos de Potain y de Peter, y

lanzarse resueltamente por la nueva vía? Hubiera sido un error, y Visca no podía cometerlo. Su misión era más útil que nunca; llegaba á tiempo para evitar que todo se sacrificase sin consideración á los ídolos nacies, que la retorta y el matraz, el microscopio y el conejillo de Indias se sustituyesen por completo al examen anatómico y fisiológico directos, suprimiendo las impresiones obtenidas sobre el terreno por el empleo juicioso é inteligente de los cinco sentidos. Hay un arte de arrancar sus enigmas al mal, que no descansa pura y simplemente en la experimentación fría, en el trasiego brutal de los humores humanos al Laboratorio. Hay toda una serie de bienhechoras reacciones nerviosas que sólo nacen de la conversación reconfortante entre médico y enfermo y de la aplicación de ojos que ven y manos que sienten,—y que imponen el convencimiento que ven y sienten,—sobre los órganos del paciente. Hay acentos del dolor que jamás podrá descubrir la más quintesenciada alquimia y que exigen perentoriamente la educación especial de la vieja clínica.

La ciencia de Visca venía vaciada en ese molde, y para ponerla en práctica poseía cualidades sobresalientes, recursos de una riqueza incomparable. Frente á la de él hubiese levantado su cátedra el médico-biologista más perfecto, que la suya no habría perdido por eso nada de su brillo.—¿Acaso Renduen Necker no congregaba á su alrededor un auditorio atento y numeroso al mismo tiempo que Chauffard en Cochin admiraba por análisis impecable del metabolismo patológico?

No obstante todo esto, Visca, que comprendía mejor que nadie el inmenso porvenir que esperaba á las modernas tendencias, no titubeó en alentar en sus discípulos la marcha decidida hacia la nueva luz. Pero, quizás esta misma revolución que se operaba en la medicina, fué otro factor que influyó indirectamente para que Visca no desplegasen á fondo todas sus energías. Su poder de asimilación era enorme, nada de lo que acaecía en el dominio de las ciencias biológicas le era extraño, pero tal vez temió en algún instante, quién sabe qué reproches de la novelaría estudiantil.

Además existía en él, como en Potain, ese gran clínico que la Piedad misma parecía haber designado para desparramar su propia infinita dulzura al paso del Dolor,—cierto tímido pudor por la exhibición de su personal valer, asociado á un escrupuloso respeto por los méritos ajenos. Y los que marchaban detrás de él con paso vacilante, nunca oyeron de su parte sino palabras de aliento, jamás se sintieron considerar por él con impertinente altanería.

Tales circunstancias no impedían que su duda filosófica, su concepto de la falibilidad humana, introdujesen un algo de escepticismo y de ironía amables en las manifestaciones de su espíritu selecto. Porque era así, solía oponer un prudente *¡quién vive!* á toda innovación, y

en presencia del avance de las *inas* y los *enos* de la farmacopea,—á menudo recogidos en la clínica antes de que en los laboratorios se dejasen oír los aullidos caninos determinados por su ensayo,—insistía repetidamente en la necesidad de no olvidar el respeto sagrado que todo médico debe siempre á la vida de sus enfermos. Cuando la ciencia entera quedó pasmada de admiración ante la revelación de la primera tuberculina de Koch, Visca previó desde la Sala Larrañaga,—en la cual también se verificaban experiencias,—todo cuanto hubo de reconocerse más tarde como exacto: esto es, el peligro de su uso en la forma primitiva; su utilidad probable con el empleo infinitesimal.

De todos modos, Visca,—y aún sin quererlo expresamente,—enseñaba siempre, enseñaba sin cesar. No sólo hacía enseñanza cuando coronaba el ejercicio clínico del día con su disertación magistral ó cuando en los corredores del Hospital,—cuyas arcadas venía el Sol á destacar en intensos y magníficos contrastes,—realizaba su *lección peripatética*, sino que también la hacía cuando en cualquier instante de su conversación se dejaba, como Montaigne, complacientemente llevar por los *caprichos del viento*... Y hasta al volver del trabajo, traspuesta ya la hora del meridiano, sabía de tal modo interesar á sus alumnos, que éstos, sofocando sus propias famélicas angustias, se apresuraban á formarle afectuoso séquito para ir oyéndole comentar á lo largo del camino, y á la manera de Mr. Bergeret, los acontecimientos del día.

Su lenguaje poseía seducciones singulares,—y las poseía aún entonces cuando, leve como un susurro, se deslizaba por entre sus labios oprimidos sobre un cigarro de marca, formidablemente magullado, pero eternamente sin fuego! Con mil matices en su fuerza de expresión, huía de las rigideces de la forma para escurrirse ductil y flexible por entre los accidentes del discurso; á veces ágil como un lápiz definía en dos trazos un ejemplo ó una idea de importancia decisiva.

La anécdota venía de tiempo en tiempo á introducirse juguetonamente en su exposición. Era sobre todo,—al estilo de las que, en nutridas series, ha comentado la pluma amena del doctor Cabanes,—la anécdota de carácter histórico, y referente á hombres y doctrinas de su época; era la anécdota breve, incisiva, por lo común alegre como un cascabel, la que Visca solía evocar con hábil oportunidad para mantener alerta la atención de sus oyentes ó dejar en ellos impresión durable del asunto que se discutía. Y el auditorio, así llevado irresistiblemente por su palabra, no perdía tampoco detalle de sus gestos,—ya fuere cuando, dominado por la impaciencia ó queriendo acentuar una afirmación, sacudía en desorden la larga cabellera con un movimiento enérgico de su gran cabeza, ya fuere cuando

con el bastón de empuñadura de oro que su diestra jamás abandonaba, traducía en líneas descriptivas su pensamiento ó marcaba sobre el pavimento el flujo y reflujo de su tensión nerviosa.

Con su ademán concurrían á formar un todo de simpática originalidad, su porte clásico de hombre que parecía tallado en un bloque antiguo y su verruga ciceroniana que un día,—en una hora de rebelión sacrílega,—pensó,—sin llegar al acto, por fortuna,—quitarse violentamente de su rostro. Vosotros todos que habréis leído tantas veces las exquisitas crónicas de Helme, decidme si al contemplar en una de ellas, las traviesas y deliciosas acuarelas de Boilly, no habríais, como yo, experimentado el deseo irresistible de que algún ingenio de ese fuste nos hubiese dejado aquí entre nosotros, escritas en la misma forma, la silueta y el alma de nuestro querido Profesor.

¡Es preciso agregar que un hombre de tales cualidades debía necesariamente hablar á nuestros sentimientos con tanta nobleza como á nuestra inteligencia? Efectivamente, con su presencia en esta clínica, Visca nos traía continuamente un ejemplo de una honestidad profesional sin tachas, de una infinita benevolencia, de una suprema tolerancia. Era una página viviente de deontología médica en la cual se podían leer con caracteres de una insuperable nitidez los preceptos del decálogo al que todos nosotros, en todo momento nos debemos someter. En las horas oscuras de nuestro batallar, cuando la laxitud ó el cansancio, la fiebre ó la pena, llegan á desorientar nuestros sentimientos, su recuerdo ha de servirnos, seguramente, para hallar la manera pronta y eficaz de serenar en nosotros las dolorosas ansias, las abrasantes dudas...

Y ahora, señores, que, en la medida de mis fuerzas, he cumplido con el deber de hacer revivir el espíritu de Visca en esta Sala, que fué y será siempre la suya,—y ahora que he intentado iluminar en mi camino con gratos resplandores, estudiando en el surco dejado por él lo mismo sus entusiasmos que sus desfallecimientos;—ahora, señores, reanudemos, si os place, la tarea.
